

El ágora digital

Jordi Pericot

Catedrático de Comunicación Audiovisual
(Universidad Pompeu Fabra)

El autor de este capítulo analiza la aportación de internet a las relaciones comunicativas, más allá de la aceleración que ha generado en la dinamización cultural, con su capacidad de poner en circulación de forma descentralizada la información y las ideas. Por este motivo, plantea si los servicios que hoy ofrece responden a la voluntad de generar nuevos espacios sociales de debate o, de lo contrario, están supeditados a los intereses de quienes controlan el escenario de la época de la cultura industrial. Al mismo tiempo, plantea la posibilidad de asumir el nuevo espacio comunicativo de internet a imagen de la clásica ágora de los griegos, pero en versión digital.

Con la incorporación de los sistemas digitales, especialmente de internet, el proceso de dinamización cultural se ha acelerado

Uno de los obstáculos para la libre implantación social de las tecnologías digitales de la comunicación está en el obstinado anclaje de los *megamedia* a unas estructuras y unos privilegios heredados de la cultura industrial

Desde siempre, las tecnologías de la comunicación han acercado distancias y han facilitado el indispensable entrecruzamiento de culturas para mejorar la cohesión social y crear nuevas concepciones de los espacios de vida.

Ahora, con la incorporación de los sistemas digitales, especialmente de internet, este proceso de dinamización cultural se ha acelerado. Nuestras posibilidades de acceso a la información han aumentado considerablemente y el intercambio de ideas es mucho más fluido. Hemos mejorado nuestra capacidad de interpretar al otro y estamos como nunca en disposición de reclamar nuevos sentidos y saberes a la comunidad.

Internet no es un simple montón de imágenes televisivas, voces telefónicas y textos periodísticos. Es posible que, desde un punto de vista técnico, este conjunto responda a una descripción fiel y precisa del nuevo sistema digital. Pero internet es mucho más que eso: es una herramienta inédita, con un potencial de usos y efectos que no tiene precedentes en la ingeniería cognitiva y social.

A diferencia de la radio, la prensa, el cine o la televisión, internet no se basa en la transmisión unidireccional de información a un público pasivo, sino en una organización reticular y abierta a todos, descentralizada y sin normas de control que limiten la expresión de cada individualidad. Internet conforma una extensa red de espacios de participación en un permanente esfuerzo colectivo por generar nuevos contenidos sociales.

El incremento del volumen de tránsito que últimamente ha experimentado la red nos debería hacer sentir optimistas, en la medida que presupone unos cambios sustanciales en las relaciones sociales, sus valores y las formas de vida.

Pero este optimismo, que de momento parece precipitado, no debería ser un obstáculo que nos impidiera ver las dificultades que, por ahora, ponen freno al libre despliegue de la red digital y preguntarnos, acto seguido, si el uso que hacemos de la misma responde a la voluntad de crear nuevos espacios institucionales de debate y conocimiento o, al contrario, si este uso sigue supeditado a los intereses de poder y dominio de una cultura que poco tienen que ver con el mundo digital.

Uno de los obstáculos para la libre implantación social de las tecnologías digitales de la comunicación está en el obstinado anclaje de los *megamedia* a unas estructuras y unos privilegios heredados de la cultura industrial. La voluntad de los actuales medios de comunicación de concentrar el poder económico y político no parece la manera más idónea de implantar una tecnología que, por su propia naturaleza, es descentralizada, igualadora y libre. Tampoco es propia de un mundo digital interactivo, abierto y participativo la producción industrial y estandarizada de contenidos homogeneizados, destinados al consumo pasivo de las grandes masas.

El ciberespacio rehúye cualquier tipo de estructura piramidal y no acepta el anclaje a ninguna forma de poder, sea geográfico, económico o político. El ciberespacio es inmaterial y, por tanto, imposible de ser concentrado en manos de una élite industrial/mediática. Entrar en el ciberespacio conlleva aceptar la descentralización de la información, la desincronización de las actividades y la desmaterialización de los intercambios. Es decir, el ciberespacio sustituye el compromiso y la servitud individual de una sociedad burguesa y jerarquizada por una nueva individualidad, integrada de manera informal y mutante en un espacio activo, permanentemente abierto a la expansión y a la modificación.

En el ciberespacio, el individuo deja de ser el consumidor pasivo de unos contenidos pensados por otros y se convierte en un elemento doblemente acti-

vo. El individuo tiene el derecho y la posibilidad de interrogar, en un plano de igualdad, a los individuos de otros grupos e instituciones y, además, tiene la facultad de crear y divulgar, con las mismas condiciones que los otros internautas, los propios mensajes.

Otro de los obstáculos para la plena implantación de la cultura digital, y que también mantiene un parentesco alarmante con las estrategias capitalistas, lo encontramos en el intrusismo legal que practican los *megamedia* para frenar los cambios y seguir manteniendo los privilegios de una propiedad que, evidentemente, no les pertenece.

Los cambios siempre han incomodado al orden establecido, y quien se aprovecha de este orden no es precisamente quien facilita los cambios posibles. Y menos aún cuando estos cambios, como en los nuevos sistemas digitales de la comunicación, golpean frontalmente a las creencias y a los comportamientos sociales. Así, vemos cómo se levantan barreras legales y se dictan formas de control con normas y programas para hacer de internet un espacio público sin posibilidades de expresar libremente las opiniones y creencias. O, de manera más sutil y aparentemente inocente, se presentan las nuevas tecnologías como tótems omnipresentes e infalibles de un espacio donde las disensiones dejan de tener sentido.

Es así como los medios de comunicación, siempre propicios a una visión simplificada y aparentemente coherente del mundo, van creando un sentimiento de orden cada vez más alejado del debate y la crítica y más cercano al simulacro y al espectáculo. Esta estrategia, que ciertamente tiene mucho éxito, ha permitido que los *megamedia* vayan ocupando y globalizando todos los sectores de la cultura de masas hasta transformarse en el brazo ideológico de una mundialización liberal.

En un mundo de estas características, donde la sociedad civil pierde su heterogeneidad y fuerza conflictiva, las culturas se van erosionando y los individuos acaban reducidos a una simple existencia estadística (según la expresión de Zygmunt Bauman)¹ que, como ya pronosticaba hace más de una década Gianni Vattimo, nos precipita hacia una alarmante modalidad de *nihilismo débil*: una especie de pensamiento débil, caracterizado por "un vivir despreocupado y alejado de la acritud existencial"²; un pensamiento que, según el mismo autor, va inevitablemente ligado al desarrollo de los multimedia y a su posición en el nuevo esquema de valores y relaciones.

Situados en este escenario, ¿qué podemos hacer para reconducir el proceso de desarrollo digital y transformar la red en la voz plural de quienes se interesan por la cosa pública?

Paradójicamente, las tecnologías digitales, las mismas que nos llevan hacia un pensamiento débil alarmante, también nos pueden abrir nuevos caminos para escapar de la alienación a la que nos condena su uso.

Una de las perspectivas que ofrece la red es de orden social. En un mundo digital, los acontecimientos no pasan en los lugares donde están los participantes o donde se encuentra físicamente el servidor, sino en el ciberespacio. La localización física de los participantes resulta imposible de determinar y, por tanto, la red mundial de interconexiones y la capacidad de intercambiar información en tiempo real es un fenómeno incontrolable que requiere nuevas modalidades de convivencia social, fundamentadas en la relación igualitaria, libre y autónoma de sus propios miembros.

En el nuevo orden de los sistemas de comunicación social, la información ya no es atribuible a los medios, sino a las posibilidades de libre intercambio y creación de contenidos y significados que nos ofrece la red. Parodiando a

Vemos cómo se levantan barreras legales y se dictan formas de control con normas y programas para hacer de internet un espacio público sin posibilidades de expresar libremente las opiniones y creencias

Paradójicamente, las tecnologías digitales, las mismas que nos llevan hacia un pensamiento débil alarmante, también nos pueden abrir nuevos caminos para escapar de la alienación a la que nos condena su uso

(1) Bauman, Zygmunt (1996): *Le sfide dell'etica*. Milán: Feltrinelli.

(2) Vattimo, Gianni (1990): *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós.

De manera similar a la plaza pública de la antigua Grecia, el ágora digital también es un lugar de información y aprendizaje, de solidaridad y amistad, de intercambios comerciales y diversión..., pero en versión electrónica

El ágora digital es una institución cultural indispensable para construir, de manera interactiva y autogestionada, las nuevas comunidades identitarias

McLuhan, podríamos decir que *la red es el mensaje* que, con su magma cognitivo/perceptivo/afectivo, define las posibilidades del enunciado. Nace así una nueva sociedad íntimamente asociada a la red y que pone de manifiesto la necesidad de un espacio comunitario sin delimitaciones territoriales ni nacionales. Un espacio digital donde coexisten las nuevas unidades de legitimación y representación política en forma de comunidades unitarias.

Este perfil del ciberespacio, como red de libre circulación e intercambio espontáneo de las nuevas comunidades identitarias, es muy próximo a la idea tradicional de ágora. De manera similar a la plaza pública de la antigua Grecia, el ágora digital también es un lugar de información y aprendizaje, de solidaridad y amistad, de intercambios comerciales y diversión..., pero en versión electrónica. Un espacio virtual de socialización donde los ciudadanos se encuentran, discuten y exploran en directo su colectividad y los intereses en común. Es decir, un ciberespacio que, igual que el espacio físico de la antigua Grecia, responde a la permanente necesidad humana de agruparse y ayudarse en condiciones de igualdad.

La nueva ágora digital también es próxima al concepto de esfera pública, idealizado por Jürgen Habermas³ y definido como un espacio con capacidad de generar opinión y conocimiento a partir de sus posibilidades de asociación universal, no vertical y en un continuo debate entre sus individuos. Ahora bien, mientras que la esfera pública habermasiana está constituida por personas privadas agrupadas en un público que reivindica el espacio reglamentado por la autoridad, discute sus reglas generales de intercambio y las utiliza directamente contra este poder, en el caso del ágora digital el escenario no viene proyectado desde la experiencia de una realidad histórica burguesa-industrial, sino que se define por la yuxtaposición interactiva y mutante de unas comunidades identitarias que diluyen las clásicas fronteras entre clases sociales, como también entre el espacio público y el privado.

Si bien la figura plenamente comunicacional del ágora digital continúa siendo la aparición de una opinión pública, ahora esta opinión no viene delimitada por un espacio geográfico, ni tampoco surge de una acción crítica opuesta al dominio vertical del poder. El acceso universal a la red permite la participación, sin privilegios ni prejuicios, de todos los individuos que, en un permanente aquí y allá y un ahora y un después, se encuentran y se agrupan en red para expresar sus opiniones y creencias. Este intercambio abierto de experiencias hace que los ciudadanos, libres del silencio y el conformismo que impone el poder político, se conviertan en actores directos de sus relaciones sociales y puedan reforzar, en un plano de igualdad y libertad, el sentimiento de pertenecer a una determinada comunidad.

En este sentido, el ágora digital es una institución cultural indispensable para construir, de manera interactiva y autogestionada, las nuevas comunidades identitarias. Estas comunidades, abiertas e inclusivas, estimulan un pensamiento crítico racional que no se basa, como en la antigua ágora, en la exclusión de la dominación, la fuerza y la desigualdad, sino en el derecho de los ciudadanos a debatir libremente, entre el conflicto y el consenso, las decisiones políticas que les pertenecen. Unas comunidades complejas de identidades, donde cada cual puede influir sobre el otro de la manera más íntima para crear nuevos sistemas de comunicación reticular mundial. Es decir, una sociedad especialmente significada por su permanente voluntad de expresarse, dialogar y agruparse libremente en función de sus intereses.

El ágora digital todavía es una cuestión de difícil previsión, pero los instrumentos esenciales para su configuración ya están entre nosotros..., aunque no

(3) Habermas, Jürgen (1990): *Strukturwandel der Öffentlichkeit*. Frankfurt a. Main: Suhrkamp Verlag.

podemos olvidar que, como cualquier progreso tecnológico, los sistemas digitales siguen siendo inmutables en un punto: todo depende del uso que hagamos de ellos.